

1/17275

DE LA BATALLA

LV

B-18

PLATERÍAS

POR D. S. M.

Triste cosa es que nunca se haya de poder hablar de los sucesos prósperos ó adversos que influyen directamente en la felicidad ó desgracia de los hombres, hasta mucho tiempo despues que han ocurrido y cuando ya no se pueden evitar sus efectos. Verdad es que se suele decir para consolarnos que son otras tantas lecciones que prepara la historia para las generaciones futuras, las cuales podrán ver como en un espejo fiel los peligros y escollos que deben evitar en su marcha política, y los resultados ciertos que ha de producir la repetición de las mismas causas. Así será sin duda, supuesto que todos los sabios recomiendan el estudio de la historia como el mas necesario para no descaminarse en el laberinto de la vida; pero yo que ni soy sabio, ni tengo pretensiones de pasar por tal, estoy en la persuasion, equivocada sin duda, de que los ejemplos de la historia, son igualmente perdidos para los hombres, que los frutos de la experiencia. En vano se les ad-

BIBLIOTECA

vertirá á los que pueden prevenir los sucesos, que en tal tiempo ó en tal coyuntura, ésta ó aquella disposicion produjeron tales ó cuales resultados, porque como el amor propio grita mucho mas alto que la razon, éste les hará creer constantemente, ó que las circunstancias no son las mismas, ó que su singular prudencia sabrá evitar ésta ú aquella falta que en su concepto fue la única que ocasionó el mal.

Digo esto para que no se crea que, aunque voy á hablar de la ruidosa *batalla de las platerías*, es con el ánimo de dar una leccion útil al pueblo ni mucho menos á las autoridades para que aprendan á conocer el riesgo que traen consigo los movimientos tumultuosos del *populacho*, sino únicamente para aclarar algo mas este hecho que fue uno de los mas importantes de la revolucion. Adviértase que yo no escribo para los suscriptores y lectores del *Zurriago*, porque éstos ya tienen formado su juicio acerca de este suceso, y no pretendo ni deseo hacérsele cambiar, sino para las demás personas que creen, ó afectan creer, que no habia entre los constitucionales y aun entre los milicianos muchos centenares de individuos que no solo protegian el orden y la seguridad individual, sino que apénas llegaban á entender que estaba comprometida la seguridad del Monarca, acudian á

defenderle aun con peligro de sus vidas. Verdad es que esto solo sucedia cuando las autoridades querian que sucediese, pero al fin siempre probará lo que ya no debia necesitar de prueba; esto es, que la masa no estaba corrompida, y que todo lo que merece el nombre y la pena de crimen es puramente individual. Vamos al asunto.

Dióse como por burleta el nombre de *batalla de las platerías* á uno de aquellos rasgos verdaderamente heróicos con que suelen distinguirse á veces los magistrados civiles, en los cuales por lo mismo que no se halla el bullicioso prestigio de las grandes acciones militares, al paso que suele acompañarles mayor riesgo personal, necesitan doble energía y fortaleza de ánimo para emprenderlos y terminarlos en utilidad del público. La noche del 17 de Setiembre de 1821 tuvo noticia el gefe político de Madrid D. José Martinez de San Martin de que estaba preparada por los bullangueros revolucionarios una procesion con el retrato de D. Rafael del Riego, á quien llamaban entonces el héroe de las cabezas, y á quien la historia no dará otro nombre que el de *testa de fierro* de los que no quisieron embarcarse para América.

Esto de la procesion y del retrato merece cada uno una digresion particular, que aunque no muy acomodada á las se-

veras leyes de la historia, habrán de pasar por élla mis lectores sopena de que se quedarán sin saber lo único bueno que habrá en esta relacion. Empezando por la del retrato han de saber los que lo ignoren, que en los primeros días del mes de Marzo de 1820, cuando se proclamó la constitucion en Sevilla y entró en aquella ciudad el tal D. Rafael del Riego, se arremolinaron unos cuantos ciudadanos de éstos que siempre se aparecen y circuyen á los gobiernos naciéntes, los cuales determinaron abrir una suscripcion para costear un gran cuadro semi-alegórico con el retrato del señorito en el mismo traje con que habia entrado en la ciudad. La suscripcion se cubrió en un abrir y cerrar de ojos de la misma manera con que se cierran los ajustes cuando el comprador no piensa en satisfacer el importe. Residia entonces en Sevilla un pintor de cámara llamado Chavarria, el cual delineó el bocero y les pidió por el cuadro ocho mil reales de vellon. No les pareció descabellado el precio á los diez y seis patriotas que se habian suscripto, tanto por la razon indicada, como por la dificultad del asunto. Reducíase éste á una base cuadrilonga con una inscripcion relativa al restablecimiento del sistema constitucional: sobre élla estaba un libro abierto y escrita la palabra *constitucion*; y sobre el libro un

5
velo que levantaba por un lado una matrona sentada que representaba á la verdad, y por el otro el general Riego en pie y con el mismo traje con que entró en Sevilla, como ya se ha dicho. Coronaba el cuadro la religion con sus atributos, y al pie estaban como horrorizadas y tendidas por el suelo tres figuras que al parecer representaban el fanatismo, el despotismo y la ignorancia.

Empezó el bueno de Chavarria á trabajar en su obra con aquella noble aplicacion del que espera recoger ocho mil reales apénas diese la última pincelada; pero conociendo sin duda el temple de los bolsillos de los diez y seis suscriptores, tuvo la acertada precaucion de pedir adelantados quinientos reales por semana bajo el ridículo pretesto de la escasez de los tiempos, lo crítico de las circunstancias, y el escesivo precio que habian tomado el albayalde, el ocre, el carmin y el azul de Prusia, sin olvidar la linaza y el lienzo para la imprimacion. Es ciertamente sensible descender á estos pormenores que no dan la mejor idea, así del estado en que se hallan los artistas, como del mezquino influjo que en ellos egerce la gloria cuando no vá acompañada de recompensas sensibles y materiales. Pero se echa de ver al mismo tiempo cuán inútiles llegan á ser todas las humanas precauciones cuando la fortuna se empeña en

no mostrársenos propicia. Cuatro semanas enteras, pero solo cuatro, estuvo cobrando con puntualidad los referidos quinientos reales por mano de un D. Juan Lopez Ochoa, secretario de la compañía del Guadalquivir, á quien los demás ciudadanos suscriptores habian comisionado para la materialidad de pagar la cuota convenida con promesa formal de darle las mas cumplidas gracias los otros quince; pero sin duda algun genio maligno se divertia en poner obstáculos para que no cobrase su dinero aquel alumno de las musas. Vínose Ochoa á Madrid á mediados del mes de Junio sin haber tenido noticias del estado en que se hallaba el cuadro, y en la firme persuasion de que se habria abandonado la empresa por falta de fondos, como sucede y sucederá frecuentemente con otras muchas ínterin no se acabe la manía de contar con dinero para todo. Confirmóse en este recelo al observar que no se colocaba el cuadro en la antesala del congreso, segun habia sido la intencion de los subscriptores; y sobre todo, no le quedó la menor duda cuando despues de muchas y repetidas gestiones, no pudo hacerse con los mil y quinientos reales de mas que habia dado sobre su cuota.

Ya habia olvidado del todo este negocio cuando una tarde del mes de Abril habiendo entrado en la Fontana de Oro, que

es como si dijésemos en el templo de la inmortalidad, observó que en el testero de la sala estaba colocado un gran cuadro que llamaba la atención de varias gentes; y habiéndose acercado, le sorprendió agradablemente encontrarse con aquella misma pintura, cuya cuarta parte de precio había satisfecho. No de otra suerte que el barbero Manchego á quien Cervantes hizo encontrar en la venta la albarda y la bacía que los malos encantadores se empeñaban en convertir en jaez de caballo castizo y en yelmo de Mambrino, así se quedó Ochoa al ver colocado en la pared de un café el cuadro que él y sus amigos habían destinado para la entrada del salon de cortes. Diéronle por todas señas la noticia de que lo había traído un tal Macrohon, el cual pensaba hacer este presente en su propio nombre, según la costumbre generalmente adoptada de ser espléndidos con lo que no nos cuesta el dinero. Pero ésta debió de ser una mera tentación del demonio, puesto que no llegó el caso de hacerse semejante oferta, antes bien se reservaba para otra empresa mucho mas importante como observará el que lea la segunda digresion. Lo gracioso es que este espléndido señor reclamaba luego desde la cárcel que se le devolviese el retrato, como propiedad suya, no habiendo satisfecho sus adelantos al prestamista

Ochoa , no habiendo cumplido la última voluntad de los suscriptores , y habiéndole entregado para que sirviese de estandarte á una rebelion.

Caminaba ya, sabe Dios cómo , el sistema constitucional por el año de 1821 , á pesar de la muletilla que habian adoptado los escritores y los diputados , de llamar siempre *magestuosa* una *marcha* en que eran mas frecuentes que los pasos , los traspieses y los tropezones. Ya se habia destruido la única columna sólida que pudiera haber sostenido aquel vacilante sistema , que era el respeto á la sagrada persona de S. M., y la escrupulosa observancia de los derechos y prerrogativas que la misma constitucion le concedia. Ya se habia anatematizado , á lo menos en la práctica , aquel axioma de eterna verdad para todos los gobiernos nacientes , que es la *indulgencia y olvido de los pasados errores políticos*. Ya se habia concedido una *cruelísima* amnistía á los persas y á los afrancesados. Ya se habia proscripto casi enteramente la libertad de la imprenta por medio de la institucion de los jurados , que supieron adjudicarla toda entera al partido dominante. Ya habian huido de concurrir á las elecciones los hombres de algun valer y responsabilidad , abandonando este importante cargo á los vagos , á los ociosos , y á la soldadesca. Ya se

habia declarado una guerra encarnizada á la moderacion y á los moderados. Y por último, ya se habian apoderado del alto gobierno los masones y los comuneros, para quienes cada artículo de la constitucion era una traba insoportable y un continuado reproche de su misteriosa tiranía.

Trabajaban, pues, éstos en las tinieblas de sus lógiás y de sus torres por hacer una mudanza esencial en el gobierno español, trastornando el sistema monárquico, harto debilitado ya con la pronta aberracion del constitucional. Dos eran los partidos que ostensiblemente se disputaban el influjo en las provisiones, y aspiraban al mando dictatorial bajo cualquiera denominacion que fuese; á saber, los que se arrogaban el título de *fundadores de la constitucion*, en el cual se alistaban todos los conocidos por *hombres del año doce*; y los exáltados de la Isla con la innumerable catterva de los *mozuelos de vigote* que residian en los cafés, y la mayor parte de los oficiales y sargentos de la guarnicion de Madrid. Los verdaderos realistas estaban reducidos al silencio contentándose con lamentar la dura suerte que experimentaba el Monarca hasta que se presentase una ocasion de salir á su defensa, como lo hicieron despues. Los moderados predicaban moderacion á los unos y á los otros, ó lo que es

lo mismo, perdian el tiempo con todos ellos sin saberle aprovechar para sí mismos.

Ya muchos le babian echado en cara á Riego y á su bulliciosa comparsa la torpeza de dejarse arrebatat la presa por no atreverse á dar un golpe maestro de aquellos que cuando se léen en la historia de la revolucion francesa parecen facilísimos de ejecutar, y se miran como consecuencias inevitables del primer impulso dado á cualquiera otra que se verifique por los mismos principios. Bien se les alcanzaba á todos ellos que la línea de sublevacion en que se habian colocado era demasiado violenta para poder ser durable, y que era del todo imposible que mas tarde ó mas temprano dejase de prevalecer en la nacion española el amor y la fidelidad á su Rey, y el ódio á las insurrecciones militares. La misma indisciplina que ellos habian introducido en el ejército, era un nuevo motivo de continua zozobra para los que habian obtenido ó usurpado los altos grados militares; y no se podia emprender su reforma mientras que subsistiesen las mismas corporaciones que habian vuelto á renacer con la sublevacion. Hicieron, pues, sus tratados secretos de union los gefes de los comuneros y de los masones, y acordaron formar una Regencia ó Triumvirato militar compuesto de dos de estos últimos, á saber, Riego y Lopez

Baños ; y uno de los primeros que era un general antiguo , el cual para compensar la desventaja que sufría su corporacion , logró que se nombrase secretario general de la proyectada Regencia al ridiculísimo personaje D. Juan Romero Alpuente , que exclusivamente debe á su espantosa figura toda la celebridad que ha obtenido en nuestra mal concertada revolucion.

Hechos ya los tratados , se dió parte á los *talleres* y á las *merindades* , las cuales no encontraron mejor acuerdo para llevarlos á ejecucion que el de disponer en varias ciudades al mismo tiempo un paseo á guisa de procesion con el retrato de Riego ; y aprovechándose del entusiasmo facticio que debían promover en Madrid á la vista de aquel héroe , presentarse en gran multitud en el ayuntamiento , en las cortes , y en el palacio mismo , dándole á conocer como el gefe deseado de los patriotas y del ejército , y como protector del sistema constitucional. Es inútil advertir que para ello estaban prevenidos y ganados con anticipacion varios gefes de los cuerpos que guarnecían á Madrid , y una porcion de individuos de la milicia nacional ; pero no se habian atrevido á confiarse á los restantes por no esponerse á que abortára el proyecto antes del dia señalado.

Era éste el martes 18 de Setiembre , dia

de Sto. Tomas de Villanueva, y ya dije á los principios que desde la víspera por la noche tuvo avisos ciertos y repetidos de la farsa y de su verdadero objeto el infatigable gefe político de esta capital D. José Martinez de San Martin. Yo me acuerdo, y vaya otra digresion, que por aquellos dias escribiendo un artículo en el *Imparcial* en que elogiaba la actividad de este magistrado, dije *que no me atrevia á darle las debidas alabanzas porque estaba mandando, pero que me reservaba el derecho de prodigarle las que merecia para cuando cesase en el mando*; porque estoy muy persuadido á que son sospechosísimos los elogios que se tributan á los que están constituidos en dignidad, atribuyéndose por la mayor parte á la lisonja ó á la bajeza. No son, cierto, de esta clase los que ahora dirige mi pluma al Señor San Martin, á quien apenas conozco sino por haberme encontrado con él en alguna concurrencia, y con cuya amistad me honraria como con la del hombre mas benemérito de las bondades del Rey y de la gratitud del pueblo de Madrid. Sus honrados habitantes saben que no exâgero en lo que digo; y él mismo, si por acaso llega á leer este escrito, me perdonará el rubor que sé que ha de causarle su lectura. Volvamos á la historia.

Apénas llegaron á sus oidos estas alar-

mantes noticias fué á dar parte verbal á los secretarios que entonces eran del Despacho, y á conferenciar con ellos sobre las providencias que era indispensable tomar para impedir este paseo. No era la única dificultad el impedirle, y mas sabiendo los motivos y proyectos que se cifraban en él, sino que el principal obstáculo consistia en tener que ocultarle al público las verdaderas razones de tal prohibicion, no fuese que con una revelacion indiscreta se acrecentasen los males que tanto importaba evitar, ó se ocasionase un alboroto sangriento, de lo que muchos miles de interesados tenian empeño en pintar como un obsequio inocente. Acordóse pues el mismo dia 18, en la junta de ministros, promulgar un bando prohibiendo esta demostracion pública como desusada en la nacion, y opuesta á la gravedad española. Se puso la guarnicion sobre las armas por orden del comandante general conde de Cartajena, y lo mismo ejecutó la milicia nacional local de infantería y caballería.

¿Quién duda que en cualquiera otro tiempo, y en cualquier pais donde se conservasen ideas de orden ó de subordinacion, estas providencias hubieran sido mas que suficientes para evitar no solo una procesion ridícula, profana é intempestiva, sino tambien cualquier acto público, civil ó religio-

so aunque estuviese autorizado por costumbre inmemorial? Pero no se conservaban ya en Madrid ni en ningun pueblo de España; mas antes se hacia gala y donayre de no obedecer á las autoridades, y de resistir abiertamente á sus disposiciones cuando se oponian á los caprichos del *populacho*, á quien los conspiradores predicaban de continuo la absurda máxîma de la *soberanía popular*. Publicóse el bando cerca del mediodia en todos los parages públicos, y no hubo nadie que prudentemente debiese ignorar la voluntad de las autoridades, ni si era ó no lícita la salida del cuadro por las calles; pero se habia introducido la moda de conspirar á gritos y de llamar héroes á los desobedientes, y así no causó la menor sorpresa el ver salir la procesion proyectada con los acostumbrados adornos de la gritería, los vivas, los agarramientos de manos formando hileras para ocupar toda la anchura de la calle, y demas gestos y vocinglería propias de tales casos.

Hallábase reunido el ayuntamiento en sesion permanente con el gefe político á su cabeza, y habian acudido á las casas consistoriales el comandante general del distrito y el gobernador de la plaza, los cuales todos esperaban que los cuerpos militares que habian situado en diferentes puntos de la poblacion, singularmente los que esta-

ban á la puerta de la Fontana de Oro y en la casa de los Correos, impedirian el paso á los grupos segun la órden que terminantemente habian recibido del gefe superior militar. Pero no tardaron en saber que léjos de haberlo impedido, como debieran, les habian estado animando con sus expresiones, movimientos, y mas que todo, con su criminal condescendencia. El lector no extrañará semejante conducta cuando se acuerde de que las tropas de la Fontana estaban mandadas por un gefe tan conocido por sus ideas como por los estrechos vínculos que le unian con la corporacion de los comuneros. Este mismo gefe tenia bajo sus órdenes el primer batallon de la milicia situado en la Puerta del Sol, y como ya se sabe que toda tropa se conduce con arreglo al espíritu de quien la manda, no es de extrañar que dejasen pasar la turbamulta del motin, viendo que no solo no lo impedia el que tenia órden expresa de impedirlo, sino que salía á hablar con los corifeos, y á participar de su algazara y desconcierto. Por eso al siguiente dia fueron á dar las gracias á sus compañeros del segundo batallon porque habian salvado el honor del cuerpo, y no quisieron alternar con los que habian sido de dictámen de que pasase el retrato, lo cual prueba cuán distante estaba á lo menos por entonces de ser revolucionaria

la masa general de los milicianos por mas que lo fuesen algunos de sus individuos.

No referiria yo estos pormenores, al parecer poco importantes para lo sustancial del suceso, si no fuese mi ánimo poner al lector en el caso de que pueda juzgar del efecto moral que debia producir en los milicianos que estaban guarneciendo las casas de ayuntamiento el ver que los cuerpos de tropa permanente cedian, si es que no auxiliaban el movimiento insurreccional, y por consiguiente que tenian que resistir á fuerzas muy imponentes en el caso de oponerse á él. Mas no dudaron un momento todos los individuos del segundo batallon de la milicia nacional en corresponder á la enérgica alocucion que les hizo su gefe político, el cual viendo que acaso dependia de aquel momento la salvacion de todo cuanto hay de mas precioso en la sociedad, á saber, la vida del Rey y el decoro del gobierno, les habló en los términos siguientes:

“Milicianos, un grupo de perversos desobedientes viene á insultar al gobierno y amenaza la seguridad de la vida del Rey, las de las personas Reales, y el reposo de la capital: el nombre y el retrato del general Riego sirven de pretexto para consumir un gran crimen, vuestro valor puede y debe evitarle, ¿quereis seguirme?” Todos á una voz le ofrecieron sacrificar sus

vidas por objetos tan amados, y se prepararon para la batalla. No se debe ocultar que contribuyó mucho á esta general y espontánea decision el excelente ejemplo que les dió su comandante D. Angel Vallejo repitiendo á los oficiales la enérgica exortacion del gefe político, y añadiendo otras expresiones muy oportunas para confirmarlos en su buen propósito.

Entróse luego este último en la sala de ayuntamiento, y diciendo á los que en ella estaban que iba á ponerse á la cabeza de los milicianos para oponerse al tumulto, añadió las siguientes palabras que deberán constar en el libro de las actas, y que dan una verdadera idea del temple de alma de este distinguido militar: "Si muero en la demanda, ruego se ponga en la lápida que cubra mi sepulcro: *Murió cumpliendo á toda costa con su obligacion.*"

Esto dicho, bajó rápidamente á la plazuela de la Villa acompañado del comandante general, y poniéndose al frente del referido segundo batallon de milicianos, marchó con ellos al sitio llamado de las Platerías. Sucedia esto cerca del anocheecer, y ya se veía acercarse con mucha algazara un gran grupo de gentes con el citado retrato de Riego que venia triunfante de haber atravesado por numerosos cuerpos de tropa veterana, y no sospecha-

ba que pudiese encontrar ningun obstáculo hasta instalarse en las cercanas casas del ayuntamiento. Mas apénas se aproximaron á la distancia conveniente, les intimó San Martín que se retirasen á sus casas; y no habiendo obedecido, se les volvió á intimar segunda vez con el mismo resultado. Viendo esta pertinacia, mandó con la mayor serenidad que calasen bayoneta y abanzasen los milicianos al paso de carga ácia los grupos. Pero deseando evitar que sucediesen desgracias por un movimiento dirigido solo á imponer, se puso delante de los valientes milicianos y arrebató el retrato de manos de los que le llevaban, echando á correr despavoridos todos los miserables que poco antes se lisonjeaban de su completo é inícuo triunfo. Remitió el lienzo al ayuntamiento, como trofeo ganado por la autoridad contra el jacobinismo, mandó publicar la ley de asonadas, y restableció el orden en toda la poblacion, sin que en toda aquella noche se notase la menor inquietud.

Este fué el fin que tuvo la *batalla de las platerías*, nombrada así por los mismos que tenían el mayor interes en ridiculizar las cortas ventajas que conseguia la autoridad protectora del orden sobre el monstruo de la anarquía, que á pasos largos amenazaba destruir todos los vínculos sociales. Bien conocian los corifeos de la faccion to-

da la importancia de su derrota y las enormes ventajas que podían sacar los amantes del orden del descubrimiento de sus planes, y mucho mas aún del de su cobarde debilidad. Esto de verse vencidos y desconcertados por un puñado de milicianos, á quienes no habia hecho vacilar un instante la presunta cooperacion de las tropas de línea, era un golpe mortal para los conspiradores que creían poder contar ilimitadamente con aquellas fuerzas populares, solo por haber logrado seducir é incorporar en sus conventículos á algunos jóvenes incautos ó libertinos. La milicia nacional de Madrid habia empezado en efecto á viciarse por haber admitido en ella el ayuntamiento á una porcion de miserables vagabundos sin casa ni hogar, con el necio objeto de formar un cuerpo de *identificados*; pero no por eso se ha de creer que una numerosa porcion de ciudadanos, la mayor parte propietarios, comerciantes, artesanos ó empleados puedan llegar á corromperse hasta el punto de servir de instrumentos ciegos de una faccion con el objeto de alterar el orden establecido. Podrán tener alguna vez ideas equivocadas de las cosas, podrán ser alucinados algunos de ellos si por desgracia llegan á ser mandados por gefes malignos ó intrigantes; pero es de toda necesidad que el pretexto con que se les seduzca ten-

ga todas las apariencias de útil y ventajoso al público para que ellos le abracen y cooperen á su logro. No negaré por eso que ha habido algunos milicianos sobradamente perversos, los cuales no solo han insultado y perseguido á los hombres de bien, sino que han abusado escandalosamente de la preponderancia que les daba el espíritu de partido, y sobre éstos recaen y deben recaer las justas providencias del gobierno; pero no es creíble que toda la corporacion estuviese animada de igual espíritu. La razon natural y la caridad cristiana exigen que no se les juzgue á todos por éste ú el otro exceso ó error cometido por algunos individuos, sino por la conducta que hayan observado en aquellas ocasiones críticas y solemnes en que la autoridad ha querido valerse de su auxilio.

Si los demás gefes políticos del reyno hubiesen estado animados de los mismos sentimientos que el de Madrid, yo aseguro que jamás hubieran ocurrido los lamentables desórdenes que han afligido á muchos buenos en diferentes capitales del reyno: no se habria desterrado ni perseguido á nadie sino en virtud de providencia judicial; y sobre todo no hubiera prevalecido la voz del *populacho* sobre la de la autoridad, que es la mayor desdicha que puede sobrevenir á los pueblos.

Seis personas fuéron las que únicamente mandó poner presas el gefe político como cabezas principales de aquel peligroso motin; y ciertamente que si el poder judicial hubiera correspondido con igual energía y actividad que la de la autoridad política, todo se hubiera descubierto, todo se hubiera remediado, y quizás y sin quizás no se veria la nacion en la triste horfandad que la oprime; pero prevaleció, como siempre prevalece, la intriga, las miserias y las debilidades humanas, y no solo no se descubrió todo lo que podia descubrirse, sino que se les facilitaron á los presos principales los medios para que se obscureciesen mas y mas sus maquinaciones. ¿Quién creeria que en una causa en que interesaban el Rey, las cortes, el gobierno y la sociedad entera, pues que no se trataba de nada menos que de variar la forma con que habia de ser gobernada, estuviesen los *reos incomunicados*, no solo en comunicacion epistolar con la asamblea de los *comuneros*, sino que recibiesen visitas de los principales corifeos de élla? Las dos siguientes cartas que por casualidad han llegado, y conservo en mi poder, no dejan la menor duda del abandono ó conhivencia con que se conducia este proceso, sin que yo me atreva á señalar, porque lo ignoro, quién fuese el verdadero

culpable en este criminal descuido. Lo cierto es que las dos cartas son del tesorero de la comunería, y ya se sabe que en estos lances no hay agentes mas eficaces que los tesoreros. Dicen así:

“Hoy 14 de Octubre de 1821. S. D. Joan (*): despues de oraciones vendré á buscar á V. para que vayamos á ver á nuestro Serrano y Ceruti que desean hablar con V. El oficial de guardia es de suma confianza, y se procede de acuerdo con él. De V. afectísimo = Ezquiaga.

„Hoy 21 de Octubre de 821. S. D. Joan: nuestro Serrano me dice que acompañe á V. antes de oraciones este dia á aquel destino, y yo en la inteligencia de que no tendrá inconveniente vendré á buscarle para ello. De V. afectísimo = M. de Ezquiaga.”

De este modo se manejaba la causa de una conspiracion, que puesta en claro como debió ponerse por la autoridad judicial. hubiera hecho abrir los ojos á los infinitos necios ó indiferentes que creían ó afectaban creer que el sistema constitucional agradaba á los mismos acalorados defensores suyos. Yo tuve la osadía ó la indiscrecion de publicar repetidas veces en todos mis escri-

(*) Este señor D. Joan es el mismo Romero Alpuente que estaba nombrado secretario general de la soñada Regencia.

tos que no era la *constitucion gaditana* la que se deseaba, sino otra cosa muy distinta; y conseguida ésta, otra y otras mil hasta llegar al objeto que se habian propuesto una porcion de tunos, que no era otro si no el de enriquecerse y mandar. Estas eran las *identificaciones*, las *adhesiones* y las *exáltaciones* con que nos estaban moliendo los oidos á todas horas, como lo serán igualmente las de todos aquellos que no gustan de ningun gobierno sino cuando tienen un buen empleo en él. Gracias mil sean dadas al gefe político que entonces era de Madrid por haber tenido la heróica resolucion de oponerse casi solo á un plan tan vasto y tan inicuo, y millones de gracias al 2.º batallon de milicianos nacionales que supieron exponer sus vidas en esta ocasion por defender la autoridad del Monarca, y conservar el orden y la tranquilidad en la capital de la monarquía. Este hecho, de que ha sido testigo todo Madrid, no solo prueba que la milicia nacional bien manejada pudo haber sido utilísima para sofocar el espíritu de jacobinismo que ha desolado á la nacion y afligido á nuestro adorado Monarca, sino que servirá para dar la verdadera explicacion de las rectas intenciones que ha tenido el gobierno al expedir las repetidas órdenes que rigen con respecto á los milicianos.

F I N.

En las mismas librerías se hallarán los siguientes folletos del mismo autor.

Ingratitudes del Pueblo Español.

Sesiones de las Cortes de Sevilla interceptadas por esos caminos.

Los Arístides Modernos.

Usos, costumbres y derechos imprescriptibles del pueblo soberano por excelencia.



CON LICENCIA.

MADRID IMPRENTA DE NUÑEZ

1823.

Se vende á 13 cuartos en las librerías de Quirós calle de Atocha frente á los cinco Gremios, en la de Villa plazuela de Sto. Domingo, en la de Collado calle de la Montera, y en la de Novillo calle de la Concepcion.